

EL LIBERTINISMO IDENTITARIO EN LA OBRA DE FERNANDO IWASAKI

BERNAT CASTANY PRADO
UNIVERSIDAD DE BARCELONA
PROFESOR DE LITERATURA HISPANOAMERICANA
Código ORCID: 0000-0001-7952-7646
bcastany@ub.edu

Resumen: Este trabajo estudia la obra de Fernando Iwasaki como paradigma de libertinismo identitario. En la primera parte se estudia de qué modo, en virtud de la transferencia simbólica que se produjo durante la modernidad desde el ámbito de la religión al del nacionalismo, el libertinismo religioso de los siglos XVII y XVIII se transformó en lo que hemos dado en llamar “libertinismo identitario”. En la segunda parte se analizan los principales rasgos del libertinismo identitario —epistemología escéptica, física materialista y ética hedonista— en la obra de Fernando Iwasaki.

Palabras clave: Fernando Iwasaki, literatura hispanoamericana, literatura e identidad, literatura.

Abstract: This paper analyzes the works of Fernando Iwasaki as a paradigm of identitarian libertinism. In the first part it studies how the symbolic trasference from religion to antionalism forced an evolution from the religious libertinism of the XVII and XVIII centuries to what we can call “identitarian libertinism”. The second part analyzes the main characters of identitarian libertinism —skeptc epistemology, materialist physics and hedonistic ethics— in the works of Fernando Iwasaki.

Key-words: Fernando Iwasaki, Latin American literature, Literature and identity, Literature.

1. DEL LIBERTINISMO RELIGIOSO AL LIBERTINISMO IDENTITARIO

El término “libertino”, cuyo uso se generalizó a principios del siglo XVII, sufrió en los primeros siglos de la era moderna un proceso de demonización que logró reducirlo a mero sinónimo de ‘licencioso’, ‘atrevido’ o ‘disoluto’. Otra suerte merecía un vocablo conectado etimológicamente con el término latino *libertinus*, que designaba en la antigua Roma al esclavo emancipado, y que podría haberse erigido, junto con las ideas de mayoría de edad y autonomía, en una de las metáforas básicas del proyecto ilustrado.

A pesar de formar una constelación muy heterogénea de filósofos, pensadores y experimentadores existenciales, los libertinos del siglo XVII presentan algunas

características comunes, que pueden ser ordenadas en tres momentos, siguiendo la sistematización básica de la filosofía antigua, que se organizaba en canónica o filosofía del conocimiento, física o filosofía de la naturaleza, y ética o filosofía de la existencia. Así, el libertinismo se caracterizaría por tener una epistemología escéptica, una cosmovisión materialista y una ética hedonista.¹ El precio que los libertinos tuvieron que pagar por defender ideas tan “peligrosas” fue la calumnia y el olvido.

El libertinismo del siglo XVII veía como el principal obstáculo para sus aspiraciones de liberación filosófica y existencial la epistemología dogmática, la cosmovisión trascendente y la moral ascética de la religión oficial cristiana, ya fuese católica o protestante. La secularización de la sociedad, que iba a darse en los subsiguientes siglos, no supondrá una desaparición de estos impedimentos, sino una transformación de los mismos. Durante la época moderna se produjo un trasvase simbólico desde el ámbito religioso al nacional, en virtud del cual la nación heredó atributos divinos (unidad, unicidad, indivisibilidad, inmutabilidad, omnisciencia, pureza), así como toda la parafernalia eclesiástica que suele acompañar a las religiones. De este modo, los himnos religiosos se convirtieron en himnos nacionales, los santos en próceres, los ángeles en soldados desconocidos, los profetas en políticos, los teólogos en filólogos e historiadores y las misas en discursos, manifestaciones o eventos deportivos. No se trató, sin embargo, de un trasvase inocente de meros rasgos formales, ya que el nacionalismo no es solo una teoría política que afirma que a toda nación debe corresponderle un único Estado y que todo Estado debe incluir a una única nación, sino también una epistemología dogmática, una física trascendente y una ética ascética y dolorista.²

En primer lugar, el nacionalismo tiene una epistemología dogmática, porque considera que es posible establecer de forma segura y pública la identidad de los individuos y de los colectivos. Para ello cuenta con numerosos “teólogos nacionales”, que detentan las principales vías de conocimiento de los dogmas nacionalistas. Tal sería el caso, por ejemplo, de los filólogos, que analizan la voz del pueblo, ya sea en las expresiones populares (romances, cantares de gestas o refranes), ya sea en las expresiones literarias cultas (poetas y novelistas nacionales); de los políticos, que dicen representar la voluntad del pueblo, a la vez que tratan de moldearla con sus campañas de propaganda y su acción de gobierno; o de los especialistas

¹ Para una presentación general de los libertinos del siglo XVII, véanse las obras de Pintard (1943), Onfray (2007) y los dos volúmenes de La Pléiade titulados *Libertins du XVIIe siècle* (1998 y 2004).

² Véase al respecto: Bernat Castany Prado, *Literatura posnacional*, Editum, Murcia, 2007.

en historia, sociología, demografía o estadística, dedicados a la elaboración de psicologías nacionales. Como en el caso del dogmatismo religioso, el dogmatismo nacional provoca ansiedad y escrúpulos, en el ámbito individual, y fanatismo y violencia, en el ámbito colectivo.

En segundo lugar, decimos que el nacionalismo tiene una física o teoría de la realidad trascendente, en el sentido de que sacrifica la atención a la realidad social del aquí y ahora, cambiante y mezclada, en aras de una idealidad nacional, inmutable y pura. De este modo, la virtualidad negadora del concepto de “dios”, que suele ir asociado a otros conceptos como los de “más allá” o “mundo verdadero”, que, según Nietzsche, fueron inventados “con el fin de desvalorizar el único mundo que existe” (1888: § 8), pasará a manos de la nación que, según afirma Bakunin en la tercera carta de sus *Cartas sobre el patriotismo*, posee “el carácter propio de todo idealismo, tanto religioso como metafísico”, que es “despreciar el mundo real, y, despreciándolo, explotarlo”; razón por la cual, concluye, “el Estado es el hermano menor de la Iglesia, y el patriotismo, esa virtud y ese culto del Estado, no es otra cosa que un reflejo del culto divino” (Bakunin, 1869: 18-20).

Finalmente, el nacionalismo implica también una ética ascética y dolorista, semejante a la de las corrientes oficiales de las religiones del libro. Como acabamos de ver, en virtud de su idealismo, el nacionalismo tiende a negar el contacto con la realidad del aquí y ahora, poniendo en marcha una lógica ascética en virtud de la cual las sociedades y los individuos deben sacrificar una parte de lo que son realmente para acercarse a lo que deberían ser idealmente. Dicho ascetismo tiene como efecto un aumento de pasiones tristes, como el miedo, la vergüenza, la queja o el odio, frente a aquellas pasiones alegres que podrían surgir de un mayor contacto con la realidad social, histórica o existencial, como serían, por ejemplo, la afirmación, la celebración, la curiosidad, la admiración, la emulación o la seducción.

Viendo los paralelismos entre las religiones teológicas y las nacionales, no es extraño que los autores que hemos dado en llamar libertinos identitarios hayan generado, de una forma tentativa y totalmente inconsciente, un sistema filosófico-literario muy semejante al del libertinismo religioso del siglo XVII. Estructuraremos nuestra comparación distinguiendo, nuevamente, entre una epistemología escéptica, una física materialista y una ética hedonista.

En primer lugar, el libertinismo identitario opone al dogmatismo nacionalista una epistemología escéptica, que niega la posibilidad de establecer de forma clara y evidente la identidad de colectividades o individuos, afirmando que el lenguaje es falible, la razón quimérica, la memoria engañosa, la identidad múltiple y el interés un factor distorsionador inevitable. Además, el libertino identi-

tario considera que el intento dogmático de establecer la identidad es perjudicial tanto a nivel individual, donde tiende a generar ansiedad, escrúpulos, vergüenza o falta de naturalidad, como a nivel colectivo, donde tiende a provocar desconfianza, odio, fanatismo y violencia. El libertino identitario coincidiría, en este punto, con Oliverio Girondo, quien afirmaba, en *Membretes*, que “la variedad de cicuta con que Sócrates se envenenó se llamaba ‘Conócete a ti mismo’” (1999: 69). Por esta razón, frente a la pulsión dogmática, el libertino identitario propone desentenderse de la pregunta por la propia identidad, apostando por una *epokhé* o suspensión de juicio, que debe resultar en una vivencia natural y serena de las identidades individuales y colectivas. Hallamos una defensa de esta desproblematización, desculpabilización y naturalización de la identidad en textos como “El escritor argentino y la tradición” de Jorge Luis Borges, *Identidades asesinas* de Amin Maalouf, *Fuera de lugar* de Edward W. Said o *Mi poncho es un kimono flamenco* de Fernando Iwasaki.

En segundo lugar, el libertinismo identitario presenta una física materialista, puesto que, como señalamos más arriba, se niega a sacrificar la variedad, impura y viva, del mundo real, en aras de un ideal nacional. Así, pues, el libertino identitario no desprecia ni se escandaliza ante las mezclas, contradicciones y metamorfosis que se producen en el ámbito de la identidad, sino que las celebra, poniendo en marcha una pedagogía de lo mezclado o lo ambiguo, que tiene su origen en Montaigne (véase “Sobre el orgullo”, en sus *Ensayos*, y su *Diario de viaje a Italia*). Así, frente a las quejas de Louis de Bonald, contra el caos social que, según él, propició la Ilustración, y las expresiones de asco de Hitler frente a una Viena multicultural y multilingüe, nos encontramos con el elogio de ciudades y culturas mestizas y proteicas en la obra de autores como Joseph Roth, Stephan Zweig, Jorge Amado, Gabriel García Márquez o Fernando Iwasaki.

Como sucedía en el caso de los libertinos religiosos del siglo XVII, la física materialista de los libertinos identitarios se proyecta en una exaltación de todo el mundo material, que incluiría tanto el cosmos, con todos sus cuerpos celestes, como el cuerpo de los seres vivos, en una especie de panteísmo erótico al estilo de Lucrecio, Walt Whitman, Victor Hugo, Friedrich Nietzsche, Pablo Neruda o Jorge Amado.

Finalmente, la ética hedonista del libertino identitario se propone prescindir de los conceptos de “bien” y “mal” absolutos, para limitarse a optimizar el balance entre placeres y displaceres, todo ello con el objetivo de aumentar su potencia, su perfección, su virtud o su alegría; que son palabras diferentes para designar un mismo objetivo: la salvación inmanente del individuo en el aquí y ahora, siempre en

compañía de sus semejantes. El libertino identitario no quiere cargar con pasiones tristes, aun cuando sean justas, para que estas no disminuyan su potencia o alegría. A diferencia de las escritoras de las que habla Virginia Woolf, en *Una habitación propia*, que sucumbieron a la queja, la denuncia y el resquemor, sacrificando de este modo su genio, el libertino identitario intenta ser fiel a pasiones alegres, como el humor, la creación, la indiferencia o la grandeza de ánimo, buscando esa “incandescencia” de la que habla Woolf, gracias a la cual las injusticias y los traumas son digeridos y transformados en energía vital.

Este proyecto implica luchar contra el miedo identitario que los diversos nacionalismos buscan generar provocando que las sociedades vivan atemorizadas porque creen que su identidad —no importa lo que dicho término realmente signifique— está a punto de desaparecer. De este modo, el nacionalismo, como la religión, instituye una industria del terror que exige todo tipo de postergaciones y sacrificios. Así, del mismo modo que los erasmistas del siglo XVI y los libertinos religiosos del XVII trataron de luchar contra el terror con el *pharmakon* epicúreo o con obras literarias de inspiración lucianesca y espíritu carnavalesco, en las que se desdramatizaba la muerte, el infierno o el pecado, y se exhortaba a aprovechar el momento; los libertinos identitarios también quieren superar el miedo a la muerte identitaria. Para lograrlo, desdramatizarán esa especie de terror ontológico que tienen los hombres ante la disolución de su identidad individual o colectiva, como si fuese posible convertirse en un ser ingrátido y transparente, mostrando que hay otras identidades posibles e inexpugnables como la amistad, las microsociedades electivas, la república de las letras o, simplemente, la disolución celebratoria en el cosmos humano y físico. El objetivo último es practicar un *carpe diem* identitario que se niegue a sacrificar los placeres de la identidad presente —la curiosidad, la admiración, la sorpresa, el humor, la amistad, la variedad— en aras de la defensa de una identidad ideal permanentemente amenazada.

Finalmente, del mismo modo que los libertinos religiosos del siglo XVII tuvieron que esperar para poder desarrollar y proponer una política republicana que propugnase la separación del Estado y la religión, los libertinos identitarios esperan, en la actualidad, que madure un discurso político que proponga un último esfuerzo secularizador en virtud del cual se aparte de los estados el componente nacional. Lo cierto es que, por el momento, las propuestas posnacionalistas son más reactivas que propositivas, y, si bien es cierto que critican las limitaciones políticas, morales, intelectuales o estéticas del nacionalismo, no logran imaginar un mundo en el que las naciones no sean consideradas un elemento esencial de la vida política.

Por esta razón, dejando a un lado discursos desiderativos o imaginativos, los libertinos identitarios han optado, en nuestros días, como hicieron los libertinos religiosos hace cuatro siglos, por la imaginación literaria, por la experimentación existencial individual o, como mucho, por la formación de microsociedades electivas.

2. EL LIBERTINISMO IDENTITARIO EN LA OBRA DE FERNANDO IWASAKI

Estudiemos, a continuación, el caso de Fernando Iwasaki, a quien tomamos como paradigma de libertino identitario, por su voluntad de sustituir, en sus escritos, el dogmatismo identitario, el idealismo nacional y la ética ascética del puritanismo nacionalista, con una epistemología escéptica, una física materialista y una ética hedonista.

En lo que respecta a la epistemología escéptica, Fernando Iwasaki se suma tanto a un escepticismo global, que desconfía de las capacidades de los sentidos, la razón y el lenguaje humanos para conocer, como a un escepticismo identitario, que considera que ni es posible ni es deseable tratar de conocer o de fijar la identidad de las personas. En lo que respecta a su escepticismo global, recordemos que, según afirma Iwasaki, en su ensayo *rePublicanos*, el “momento en que se jodió España” (2008: 25) y, por consiguiente, América Latina, fue el momento en que se expulsó a los erasmistas, siendo Erasmo —padre de Montaigne, patriarca de libertinos—, uno de los grandes difusores del escepticismo fideísta en Europa.

No es extraño, pues, que en la obra de Fernando Iwasaki nos encontremos con una fraseología escéptica: “debo hacer pública protesta de mi ignorancia” (1996: 176), “no es posible leer cuanto se ha publicado” (ibíd.: 177), “en mi vasta ignorancia cuestioné la identidad del ilustre sevillano [Rafael Cansinos Asséns]” (Iwasaki, 2011: 17). O con la evocación de pequeñas epifanías infantiles de corte escéptico, relacionadas con el lenguaje, las costumbres o las convenciones de su cultura: “Ese fue el comienzo de una serie de precoces dudas y reflexiones sobre la lengua y el sexo...” (Iwasaki, 1996: 14). Más aún, en una novela como *Neguijón* (2005), se alegoriza el dogmatismo en la figura de los médicos especulativos del siglo XVI, al más puro estilo de Huarte de San Juan, Cervantes o Molière.³ Se hace difícil no pensar en Borges al leer este tipo de consideraciones. Ciertamente, es posible afirmar que, del mismo modo que el libertinismo religioso del siglo XVII fue, de algún

³ Véase al respecto “Medicina y dogmatismo en *Neguijón* de Fernando Iwasaki” (Castany Prado, 2012: 113-130).

modo, el desarrollo del escepticismo epicúreo de Montaigne, el libertinismo identitario de nuestros días es el desarrollo del escepticismo epicúreo de Borges.

En lo que respecta al escepticismo propiamente identitario, nos encontramos con una crítica constante de las pretensiones de que se conoce o se puede conocer la verdad esencial de la nación. Iwasaki criticará, en *Mi poncho es un kimono flamenco*, al crítico peruano Antonio Cornejo Polar, por considerar, en “Profecía y experiencia del caos: la narrativa peruana de las últimas décadas” (1998), que “la revelación y crítica de la realidad del país ha sido y sigue siendo una tenaz obsesión de la narrativa peruana” (cit. en Iwasaki, 2005: 41), pues él considera que: “la ‘revelación y crítica de la realidad del país’ no es precisamente una obsesión de los narradores, sino más bien de los críticos, filólogos, periodistas y estudiosos varios de la realidad peruana” (ibíd.: 41). Además de este dogmatismo identitario, Iwasaki criticará el furor clasificador de la crítica literaria, empeñada en distinguir lo auténtico o verdadero de lo inauténtico o falso, que suele entender en términos nacionalistas: “Ay, los trajes típicos. ¿Por qué nunca me dijeron que los trajes típicos eran tan importantes para los críticos literarios como para los jueces de Miss Universo?” (ibíd.: 49) No es extraño, pues, que Iwasaki compare a los críticos literarios con aquel policía de aduanas que le preguntó: “¿Por qué usted viaja con pasaporte español si tiene apellido japonés y ha nacido en Perú?” (ibíd.: 44); pues “en la crítica literaria, [...] cada día surgen nuevas aduanas literarias o filológicas donde a uno le exigen el pasaporte de la identidad nacional” (ibíd.: 44-45).

Además de la crítica al dogmatismo identitario y al furor clasificatorio, Fernando Iwasaki también gusta de criticar la escolástica de la otredad, a la que somete, mediante el mecanismo de la parodia, a una verdadera reducción al absurdo en fragmentos como el siguiente: El Otro no se puede dilucidar porque entonces dejaría de ser el Otro. Sin embargo, a veces el Otro asoma el plumero a través del arte, la literatura y los documentos etnográficos, aunque los estudiosos saben de sobra que cualquier representación del Otro lo convierte en otro. O sea, en uno de ellos. O de nosotros, según” (ibíd.: 47).

Toda la obra de Fernando Iwasaki es una negativa a clasificar las identidades, con el objetivo de reducir la ansiedad, la vergüenza, el miedo, el odio o la violencia que dicha actividad suele producir. Así, en el ensayo “Santa Prosa de Lima”, incluido en *Mi poncho es un kimono flamenco*, nuestro autor considerará tan delicado “[pronunciarse] sobre la sexualidad del prójimo” como “establecer qué novela es peruana o no es peruana y dictaminar quién es un autor colonial o simplemente posmoderno” (Iwasaki, 2005: 21). Frente a ello, optará por utilizar como criterio “el placer, pues para buscarse problemas ya están los críticos y los profesores universi-

tarios, que practican el acoso textual” (ibíd.: 21), o el azar, pues dice querer ordenar todos los autores de los que va a hablar “según las repisas de mi propia biblioteca” (ibíd.: 22).⁴

Asimismo, en el libro de relatos intitulado *España, aparta de mí estos premios* (2009), la reescritura con variaciones de un mismo relato en función de los requisitos temáticos, de corte identitario, exigidos por las bases de diversos concursos literarios, se nos revela como la ficcionalización del tropo escéptico del desacuerdo, que tiene como objetivo hacer entrechocar diversas teorías u opiniones enfrentadas, esperando que se destruyan entre ellas, así como mostrar la imposibilidad de llegar a un acuerdo o certeza en el tema tratado, en particular, y en cualquier otro tema, en general.

Fernando Iwasaki ha utilizado su propia identidad para refutar la posibilidad, y aun la bondad, de definir la identidad de personas y colectivos. Por un lado, aprovechando su vistosa composición identitaria, Iwasaki se ha introducido en su propia escritura, en tanto que existencia contrafáctica, para oponerse al dogmatismo identitario de los nacionalistas. Ese es un motivo fundamental de los ensayos que componen *Mi poncho es un kimono flamenco* (2005), donde el autor afirma que: “Viajar por el mundo con un pasaporte español, teniendo un apellido japonés y habiendo nacido en Perú, me ha convertido en una refutación viviente de los regionalismos, las identidades y los trajes típicos” (Iwasaki, 2005: 51). Este mismo objetivo parece tener la foto en la que el autor aparece parodiando la postura de la flor de loto con la que ilustra las solapas de libros como *España, aparta de mí estos premios* (2012) o *Una declaración de humor* (2012). En efecto, dicha foto puede verse tanto como una burla del discurso esencialista de los que tratan de simplificar las identidades, como una réplica festiva y lúdica de aquellos que piensan que el apátrida debe ser, necesariamente, un ser deprimido y amargado.

Como en el caso de los libertinos del siglo XVII, el escepticismo identitario, de tono fideísta, de Fernando Iwasaki tiende a proyectarse también en una crítica de las quimeras de las religiones nacionales. En tanto que historiador, dedicará numerosos ensayos a criticar el nacionalismo de los historiadores, ya sean españoles, como por ejemplo, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro y otros miembros del Instituto de Estudios Históricos (Iwasaki, 1996: 84), ya sean peruanos, pues también denunciará la falta del espíritu crítico de la historiografía peruana

⁴ Señalemos que la biblioteca en tanto que símbolo epistemológico, antes que un motivo borgeano, fue un motivo libertino, que se remonta a las célebres *Recomendaciones para formar una biblioteca* (1627), en las que Gabriel Naudé, el amigo y discípulo de Montaigne, y bibliotecario de Mazarino, cifró una concepción escéptica y libertina del conocimiento, en general, y de la lectura, en particular.

(ibíd.: 25), que se expresaría tanto en “la presunta superioridad de la cultura incaica sobre la europea” (ibíd.: 84) y en la “obsesión por preservar su pureza [racial]”, que autores como Mariátegui consideraban “biológicamente preparada para el socialismo”, como en “el racismo de la derecha”, que “se manifestaba en el error pertinaz de ‘mejorar la raza’ indígena” (ibíd.: 89).

Pero Iwasaki no se limitará a criticar las deficiencias del nacionalismo historiográfico, en particular, sino también cualquier otro tipo de fantasía o superchería nacionalista. Criticará, por ejemplo, el “mito de la predestinación española”, que considera “una de las peores supercherías franquistas” (Iwasaki, 1996: 27), o el discurso nacionalista de la dictadura del general Velasco (ibíd.: 28-29 y 37). También en este punto Fernando Iwasaki se muestra ecuánime, pues no dudará en criticar los diversos nacionalismos peninsulares en una obra como *España, aparte de mí estos premios*; donde, además de reducir al absurdo el discurso de la diferencia, mostrando el carácter serial de los nacionalismos, rechazará todo esencialismo identitario, que hace de la identidad nacional un don innato, incognoscible, incomunicable e intransferible: “¿Por qué un narrador nicaragüense o paraguayo no podría cometer un cuento ambientado en Hornachuelos o Quintanilla de Onésimo? ¿Acaso no es lo mismo escribir sobre la escudella o el marmitako?” (Iwasaki, 2009: 13).

Sin embargo, Fernando Iwasaki no es un apátrida o un anacionalista furibundo. Su hedonismo le desaconseja iniciar una lucha para la que la historia no está preparada, por lo que acepta la existencia de las naciones, del mismo modo que Epicuro estaba dispuesto a aceptar la existencia de los dioses: como un mal menor con el que está dispuesto a convivir a condición de que no se inmiscuya en su vida. Así, pues, el libertino identitario, mientras esté obligado a convivir con las quimeras de los demás, deberá saber jugar ese juego, entrando y saliendo de las diferentes identidades que le obligan a ejercer, con la distancia y el humor necesarios para no llegar a creérselas. No se trata de cinismo, ni de mera supervivencia, por lo menos en nuestros días; sino, sobre todo, de salvaguardar la libertad, la alegría, la inteligencia y el placer, que son los verdaderos pilares de la identidad para el libertino. Esta es, precisamente, la actitud que subyace en una obra como *España, aparte de mí estos premios*, donde el concursante —fundamentalmente latinoamericano, según el autor— se adapta, con distancia y humor, a las quiméricas identidades de los que detentan el poder en la Península. Del mismo modo que Montaigne, padre de los libertinos, que practicaba el “me presto pero no me doy”; Cesare Cremonini, que tenía como lema el “*Intus ut libet, foris ut moris est*” (“Interiormente según tu deseo, exteriormente según la costumbre”); o Spinoza, cuyo lema era “*Caute*” (“Con cuidado”), Fernando Iwasaki preconiza una aceptación distanciada e inteli-

gente de las reglas del juego identitario en tanto que puedan ser beneficiosas para la persona.

El segundo momento del libertinismo identitario de Fernando Iwasaki consiste en oponer una física materialista y realista al idealismo trascendente del nacionalismo. Como vimos, en tanto que religión de sustitución, el nacionalismo heredó cierta tendencia a sacrificar el conocimiento y la vivencia del aquí y ahora en aras de un más allá trascendente, ideal, perfecto, puro e inmutable, identificado con una edad de oro perdida, cuyos restos se hallan en el mundo rural, en las tradiciones y algunos hitos de la historia, la literatura y el arte nacionales; o con un paraíso futuro, en el que bajará a la tierra una nación totalmente reconciliada, pura, estática y eterna. Frente al gran museo de cera del idealismo nacionalista, Iwasaki opone una realidad inmanente, mezclada, impura, imperfecta e inestable, cuya principal virtud es —ni más ni menos— existir.

Este antiplatonismo identitario,⁵ que halla entre sus antecedentes a pensadores y literatos como Spinoza, Whitman, Emerson, Nietzsche o Borges, le llevará a burlarse de los arquetipos platónicos de los diferentes nacionalismos peninsulares. Tal será el caso de un libro como *España, aparta de mí estos premios*, donde las pretensiones de unicidad y pureza de los diversos nacionalismos peninsulares son reducidos al absurdo. Asimismo, en *Inquisiciones peruanas*, Iwasaki ataca “el mito de una *Arcadia* colonial cuya quintaesencia habría sido Lima” (Iwasaki, 1996: 102), para elogiar una obra como *Lima la horrible* (1964), donde Sebastián Salazar Bondy habría hecho “[emerger] la ciudad tal como era: sucia, fatua, mezquina, empalagosa y pastichera” logrando conmover “los cimientos del narcisismo capitalino” (ibíd.: 104). Eso es, precisamente, lo que el autor se propone hacer en *Inquisiciones peruanas*, un conjunto de relatos en los que se trata de desmontar la “mitología oficial de Lima”: esa “ñoña invención de la historia” (Iwasaki, 2007: 17), que presenta a la capital del Perú como una ciudad “pacata y pudibunda”, “cucufata y santurrona” (ibíd.: 19), para oponerle “una leyenda más real y persuasiva” (ibíd.: 17), en la que su población no derrama “ni sencillez ni dulzura ni suavidad, sino pura provocación, deseo y obscenidad” (ibíd.: 19). Para ello, el autor despliega una constelación “de monjas, confesores, beatas, heterodoxos, exorcistas e inquisidores” (ibíd.: 19), cuyas existencias heréticas y convulsas refutan el puritanismo, también sexual, del nacionalismo peruano.

⁵ Dedicándole su obra a Luis Jaime Cisneros, afirma que: “recordando su magisterio, me siento como el discípulo que transcribía los diálogos de Sócrates. Y conste que no me refiero a Platón, sino a cualquiera de los sofistas” (Iwasaki, 2005: 11).

Evidentemente, el erotismo bullente que Iwasaki despliega, tanto en *Inquisiciones peruanas*, como en *Helarte de amar* o *El libro del mal amor*, sirve, como ya le sirvió dos mil años antes a Lucrecio, en el *De rerum natura*, como metonimia de una realidad material viva, imparable, inclasificable y proliferante, que se expresa tanto en el lecho como en los hechos. De este modo, la realidad se nos aparece como un todo orgiásticamente interconectado e indiscreto, que recuerda el panteísmo materialista de los libertinos.

Decíamos más arriba que, junto a una epistemología escéptica y a una física panteísta y materialista, el libertino identitario se adscribe a una ética hedonista; en virtud de la cual el individuo y la colectividad disfruten de una identidad, serenamente aceptada en su incognoscibilidad y, a la vez, naturalmente disfrutada en su materialidad, impura y cambiante. Empecemos señalando que es una constante en la obra de Iwasaki la idea de la felicidad: “Toda la memoria de mi infancia arequipeña es maravillosa, pues fui feliz” (2011: 13); Enrique Barriga Llerena “nunca supo lo feliz que me hacía contemplarlo pintar” (ibíd.: 14); “Uno quiere reivindicar aquí y ahora la felicidad de leer y escribir, la alegría de contar y la dicha de comentar” (Iwasaki, 2005: 18).

No es extraño, pues, que nuestro autor se adscriba al proyecto epicúreo de minimización de los displaceres y maximización de los placeres. En lo que respecta a la minimización de los displaceres, que podemos equiparar a las “pasiones tristes” de Spinoza, Iwasaki se opone a todas aquellas ideas o sentimientos que reducen nuestra alegría, entendida como capacidad para actuar: dolor, envidia, rabia, reproche, odio, vergüenza, miedo, complejo o culpa. Con humor, escepticismo, erotismo e inteligencia, Iwasaki luchará por desactivar o revertir estas “pasiones tristes”, especialmente aquellas que están conectadas con el mundo de la identidad, en general, y de la religión nacionalista, en particular.

Así, en un ensayo como “El complejo de Colón”, Iwasaki criticará la pasión triste de la envidia, que, según él, padecen españoles y latinoamericanos, y que consiste en que: “nos escuece que nuestros méritos no sean reconocidos, pero jamás reconocemos los méritos ajenos” (Iwasaki, 1996: 79). En *Nabokovia peruviiana*, tras identificar la envidia como una pasión triste típica del Perú, “basta que un escritor peruano destaque o sobresalga de alguna manera en el extranjero, para que le surjan enemigos gratuitos y se dude de sus méritos individuales” (Iwasaki, 2011: 95), Iwasaki plantea su inversión, al afirmar: “¡Con lo sano y estimulante que es disfrutar de los triunfos ajenos!” (ibíd.: 95). Además, en el caso de la revista *Colónida*, Iwasaki considera que la pasión triste de la envidia se articula con el nacionalismo, haciendo que “estupendos autores” dilapiden “gran parte de su talento en criticar y

ningunear a los autores peruanos que en aquel momento disfrutaban de mayor prestigio internacional” (ibíd.: 96).

Fernando Iwasaki también criticará en sus obras el ascetismo o dolorismo, tanto en su vertiente religiosa, como en su vertiente nacional. Así, en *Neguijón* (2005), la figura del sacamuelas y los cínicos discursos que profiere para justificar el dolor, llegando a hablar de una “liturgia del dolor” que exige “un sacrificio” gracias al cual resultan “Dios y la ciencia bien servidos” (ibíd.: 29), sirven para criticar cierto cristianismo dolorista. No es extraño, pues, que el autor alegorice esos excesos sacrificiales de la religión con un elemento negativo como es el gusano con el que, en aquel momento, se identificaban las caries, llegando a hablar del “gusanillo de la santidad” (ibíd.: 170). En otras obras, Iwasaki se resistirá al gusanillo de la santidad, no ya religiosa, sino identitaria, negándose a sacrificar, mortificar, culpabilizar o condenar la más mínima parte de su identidad. De este modo, la multiplicidad de la propia identidad no es vivida como un elemento sucio y disruptor, que debe ser simplificado mediante una depuración o ascesis identitaria, sino que es asumida de un modo alegre, lúdico, cómico y erótico.

En lo que respecta a lo lúdico, podemos afirmar que, en virtud del juego, el apátrida siempre está en casa, ya que dicha actividad nos devuelve a la niñez que, como dijo Rilke con felicidad es “la verdadera patria del hombre”. El niño es un modelo para los libertinos identitarios, por la sencilla razón de que es el arquetipo del apátrida feliz. En primer lugar, el niño vive en un mundo pre-racional, en el que las clasificaciones no son tan estrictas, abstractas e, incluso, *fantasiosas*, como las que operan en el mundo adulto. En ese mundo fluido en el que no existe todavía la culpabilidad y la vergüenza, por no coincidir con las fronteras —ya racionales, ya convencionales— del mundo de los hombres, el niño es un ser indefinido que juega con su bidentidad constantemente: juega a aparecer y a desaparecer, juega a metamorfosearse y a metamorfosear a los demás, y en ese juego casi panteísta está y no está en casa, pero siempre lo está de un modo feliz. No es extraño, pues, que Fernando Iwasaki utilice en numerosos relatos y ensayos la perspectiva o la temática infantil. Tal es el caso de muchos de los relatos de *Helarte de amar* o *Ajuar funerario*, o de ensayos como “Las hormigas en Francia caminan con elegancia” (Iwasaki, 2005: 31-40), donde, tras afirmar el autor que de niño leía “con fervor” a Victor Hugo y Julio Verne, confiesa no haber descubierto “que estos autores eran franceses hasta muchos años después” (ibíd.: 33).

Por su parte, el erotismo nos transporta a un lugar vecino a aquel al que nos transporta el juego; un lugar liberado, en parte, de las convenciones culturales, y, por lo tanto, también nacionales, y, en algunas ocasiones, incluso humanas. No

es extraño, pues, que Fernando Iwasaki practique un erotismo festivo en obras como *Helarte de amar* (2006); en el que, según sus palabras: “[se hace] el humor más que el amor” (ibíd.: 12), de cuyo manuscrito original surgió, a su vez, *Inquisiciones peruanas* (1994), tal y como él mismo nos informa (Iwasaki, 2006: 149). Tampoco es extraño que muchos de esos peruanos desleídos de los que habla Iwasaki en *Nabokovia peruviiana* hayan practicado también la literatura erótica. Tal es el caso de Felipe Sassone, quien, en palabras de Cansinos-Asséns, poseía, como escritor erótico, “los méritos de la intensidad, de la intención epigramática, de la belleza del estilo y a veces del humorismo” (cit. en Iwasaki, 2011: 20); o de Manuel Bedoya, “personaje que huyó del Perú después de publicar una novela erótica” (ibíd.: 21).

El erotismo es algo que pone fuera de sí a las personas, no solo a un nivel físico, sino también identitario, ya que las personas poseídas por el deseo pierden la ropa, las formas, la palabra o el decoro, que no solo las caracterizan como miembro de una determinada cultura; sino, aun más, como miembro de la misma cultura humana. Lucrecio mostró, en el canto a Venus con el que abre su *De rerum natura*, que el deseo sexual es el acto cosmopolita —en el sentido cósmico o natural de la palabra—, por excelencia. Todo esto evidencia la estrecha relación existente entre la vertiente erótica del libertinismo de los siglos XVII y XVIII, que debe verse, a la vez, como un ejercicio de cosmicismo, de raigambre epicúrea, y un ejercicio de libertad y desvergüenza, de raigambre cínica, y el libertinismo identitario del que aquí hablamos.

Otro elemento esencial del hedonismo identitario de Fernando Iwasaki es el humor. En primer lugar, el humor es un excelente medio para reducir al absurdo las quimeras de la religión nacional, tal y como sucede, por ejemplo, en afirmaciones paradójicas como la siguiente: “nuestros libertadores —el generalísimo San Martín y el carismático Simón Bolívar— lucharon contra Napoleón pero querían ser como Napoleón” (Iwasaki, 2005: 34). Asimismo, en los relatos de *España, aparta de mí estos premios*, la estructura del motivo con variaciones sirve para evidenciar la incongruencia entre el discurso nacionalista, que sostiene la unicidad esencial de las naciones, y el carácter serial de sus imaginarios.

En segundo lugar, el humor, fundamentalmente el humor autoderrisorio, sirve como un modo de liberación de las ansiedades identitarias, ya que reduce al absurdo toda pretensión de conocer la identidad —propia o ajena, individual o colectiva—, y, además, nos libera del miedo a la desaparición identitaria, mostrando la incongruencia y la heterogeneidad de los elementos que nos configuran. Hemos tratado en otros trabajos el tema del humor autoderrisorio en la obra de

Fernando Iwasaki.⁶ Allí mostramos cómo este suele introducirse en su propia obra como voz o personaje autoficcional que se ríe de sus principales señas de identidad (escritor, padre, pretendiente, amante, peruano, japonés...), logrando, de este modo, transformar una identidad enferma o herida, siempre a la defensiva, en una identidad sana y gozosa.

Recordemos que también el libertinismo religioso del siglo XVII vio en el humor una vía de liberación y sanación, conectada directamente con la ética hedonista, que defienden los libertinos de todas las épocas, y que consiste, simplemente, en la maximización del balance entre placeres y displaceres, siendo la tristeza, amargura, rabia o vergüenza displaceres que el humor desactivaría. A esta misma intuición parece apuntar el hecho de que un adjetivo como “desopilante” derive de un verbo con un significado médico, como es “desopilar”, que significa curar la opilación u obstrucción de las vías del cuerpo. Así, el humor sirve como medicina contra la obstrucción del miedo a la muerte, en *Ajuar funerario* (2004); la del miedo al desamor, en *El libro del mal amor*; la del miedo a la sexualidad, en *Helarte de amar*; la del miedo al fracaso literario, en *Nabokovia peruviiana*; y la del miedo identitario en *España, aparta de mí estos premios*. No es extraño pues que en la dedicatoria de *Una declaración de humor* (2012) Fernando Iwasaki llame a Daniel Cauti “humorista clínico”, y le agradezca haberle recetado el “elixir de Jardiel y Pitigrili alcanforado contra la bilis y la solemnidad” (ibíd.: 7).

En tercer lugar, el humor también puede cumplir una función cognoscitiva, puesto que permite generar intuiciones, quizás inaccesibles desde una perspectiva más seria. A este fenómeno parece referirse Iwasaki cuando, en el prólogo de *Una declaración de humor*, afirma haber tenido una “epifanía humorística” (ibíd.: 9). Este tipo de epifanías suelen descubrir el carácter insignificante —desde un punto de vista tanto ontológico como cognoscitivo— del hombre, como individuo y como especie, coadyuvando en esa suerte de ascesis identitaria que busca liberar al hombre de sus pretensiones identitarias —conocerse y, más aún, *serse*—, abriéndole las puertas a una vivencia más despreocupada y gozosa del propio ser.

Evidentemente, el humor no solo tiene consecuencias positivas desde un punto de vista ético, sino también desde un punto de vista político, puesto que puede servir para bloquear prejuicios, suspender juicios y rebajar tensiones. Iwasaki se muestra consciente del potencial pacificador e, incluso, democratizador del humor cuando dice, en el prólogo de *Una declaración de humor*, estimar “a los apósto-

⁶ Para una reivindicación general de la importancia del humor en la literatura, véase Iwasaki (2012: 9-10). Sobre la autoderrisión en la obra de dicho autor, véase Castany Prado (2015: 147-168).

les que predicán el humor al prójimo a través de sus cuentos y novelas” (Iwasaki, 2012: 9) y cuando afirma, en el prólogo a *España, aparta de mí estos premios*, que: “hay dos Españas y solo es posible escribir para una de las dos. Mi elección es clara y rotunda: siempre escribo para la España que sabe reírse de sí misma” (Iwasaki, 2009: 14).

La intención de estas páginas es presentar a Fernando Iwasaki como paradigma de un nuevo tipo de escritor e intelectual que hemos dado en llamar “libertino identitario”. El libertino identitario hereda muchos elementos del libertino de los siglos XVII y XVIII fundamentalmente, una epistemología escéptica, una física materialista y una ética hedonista, si bien no se enfrenta tanto a las versiones oficiales de la religión cristiana, dominantes en Occidente durante la modernidad, como a uno de sus avatares contemporáneos, como es el nacionalismo. Como hemos podido constatar, la obra de Fernando Iwasaki se resiste a toda definición dogmática de la identidad; apuesta por una concepción cosmopolita, en un sentido materialista e incluso cosmicista, de la misma; y apuesta por una vivencia feliz y despreocupada del propio ser.

3. BIBLIOGRAFÍA

- BAKUNIN, M. (1869): *El patriotismo*, traducción de Rosendo Diéguez, Barcelona, Atlante-Presa y Rosón, 1905.
- CASTANY PRADO, B. (2015): “La autoderrisión en la obra de Fernando Iwasaki”, *Pasavento. Revista de estudios hispánicos*, Universidad de Alcalá, núm. 2, pp. 147-168. <http://goo.gl/BKnyaf>
- . (2007): *Literatura posnacional*, Murcia, Editum.
- . (2012): “Medicina y dogmatismo en *Negujón* de Fernando Iwasaki”, *Boletín de la academia peruana de la lengua*, Academia peruana de la lengua, núm. 53, pp. 113-130. <http://goo.gl/NcbyQe>
- GIRONDO, O. (1999): *Obras completas*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica.
- IWASAKI, F. (2004): *Ajuar funerario*, Madrid, Páginas de Espuma.
- . (1996): *El descubrimiento de España*, Oviedo, Ediciones Nobel.
- . (2009): *España, aparta de mí estos premios*, Madrid, Páginas de Espuma.
- . (2006): *Helarte de amar*, Madrid, Páginas de Espuma.
- . (2007): *Inquisiciones peruanas*, Páginas de Espuma, Madrid.
- . (2005): *Mi poncho es un kimono flamenco*, Buenos Aires, Sarita Cartonera.

- . (2011): *Nabokovia Peruviana*, Sevilla, La isla de Siltolá.
- . (2008): *rePublicanos*, Madrid, Algaba Ediciones.
- . (2012): *Una declaración de humor*, Logroño, Pepitas de Calabaza.
- NIETZSCHE, F. (1888): *Ecce homo*, Madrid, Alianza, 2005.
- ONFRAY, M. (2007): *Los libertinos barrocos. Contrahistoria de la filosofía III*, Barcelona, Anagrama, 2009.
- PINTARD, R. (1943): *Le libertinage érudit dans la première moitié du XVIIe. Siècle*, París, Boivin.
- PRÉVOT, J. (1998, 2004): *Libertins du XVIIe siècle*, París, La Pléiade-Gallimard.